

BREVE HISTORIA DE LOS NEANDERTALES

Fernando Diez Martín



Colección: Breve Historia
www.brevehistoria.com

Título: Breve historia de los Neandertales

Autor: © Fernando Diez Martín

Director de la colección: José Luis Ibáñez Salas

Copyright de la presente edición: © 2011 Ediciones Nowtilus, S.L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN-13: 978-84-9967-237-3

Fecha de edición: Octubre 2011

Impreso en España

Imprime: Imprenta Fareso

Depósito legal: M-34.884-2011

La mayoría de los universos islas tienen la suficiente semejanza entre sí para permitir la comprensión por inferencia y hasta la empatía o «dentro del sentimiento». Así, recordando nuestras propias aficciones y humillaciones, podemos condolernos de otros en análogas circunstancias, podemos ponernos en su lugar.

Pero el hombre que regresa por la Puerta en el Muro ya no será nunca el mismo que salió por ella. Será más instruido y menos engreído, estará más contento y menos satisfecho de sí mismo, reconocerá su ignorancia más humildemente, pero, al mismo tiempo, estará mejor equipado para comprender la relación de las palabras con las cosas, del razonamiento sistemático con el insondable misterio que trata, por siempre jamás, vanamente de comprender.

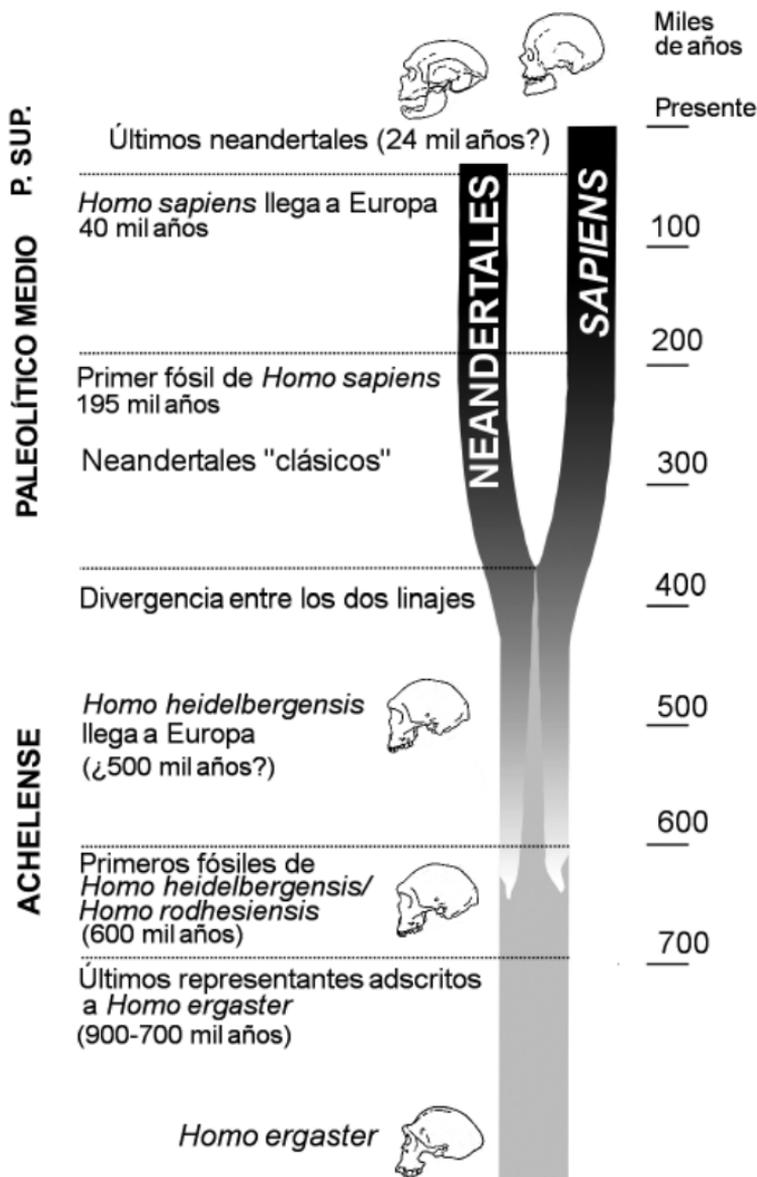
Las puertas de la percepción
Aldous Huxley

Índice

Capítulo 1. Descubrimiento	
El valle de <i>Neander</i> , o ‘del hombre nuevo’	13
Honor para Joachim Neumann	13
¿Un hombre fósil?	17
Diluvios y petrificaciones	20
De Darwin al <i>Homo neanderthalensis</i>	27
Creced y multiplicaos	33
Capítulo 2. Orígenes	
Del <i>Homo heidelbergensis</i> a los neandertales	37
Primeros exploradores	37
El farmacéutico y el señor Rösch	42
El viaje del <i>Homo heidelbergensis</i>	46
Una tesis sobre osos	50
Cazadores y nómadas	53
El bifaz y el fósil	59
Capítulo 3. Hogar	
El mundo de los neandertales	63
El discurso de Neuchâtel	63
La Edad del Hielo	66
El universo pendular	73
Un paisaje glacial	81
El bosque animado	88
Capítulo 4. Cuerpo	
La adaptación neandertal	91
La raza de Canstadt	91
Atletas de fuerza y resistencia	94
Entre la cabeza y el rostro	98
La piel	103
El poder de la adaptación	105
El código genoma	107
Capítulo 5. Ciclos	
Las etapas en la vida neandertal	115

Fecundidad y embarazo	115
Nacimiento	119
Infancia, crecimiento y madurez	122
Enfermedad	128
Muerte	132
Capítulo 6. Técnica	
Cultura material y comportamiento	
tecnológico	135
El agente de aduanas	135
Poniendo orden	138
Los artefactos de Le Moustier	143
El poder de la piedra	148
El trabajo de la madera	152
Al calor de la lumbre	155
Viviendas efímeras	158
Capítulo 7. Subsistencia	
Los modos de vida	163
Nómadas en la inmensidad	163
Maestros de la caza	168
Carroñeo fortuito	175
Las presas y su tratamiento	177
Recolección y pesca	183
Capítulo 8. Sociedad	
Organización, identidad y cohesión grupal	189
Vínculos de sangre	189
¿Paridad entre sexos?	195
Canibalismo	199
Cohesión grupal	204
Capítulo 9. Símbolo	
Mente, lenguaje, arte y trascendencia	211
El efecto mariposa	211
En la mente de un neandertal	216
Catedrales en la cabeza	221

El lenguaje	224
Pigmentos, abalorios y grabados	228
Recogiendo fresas	235
Capítulo 10. Encuentro	
El descubrimiento de los «otros»	243
El abrigo de Les Eyzies	243
La diezmilésima abuela	246
El valle de las Cuevas	248
La gran explosión	250
Dos mundos en Europa	256
El niño de Lapedo	263
Capítulo 11. Fin	
La extinción de los neandertales	267
El último de entre los nuestros	267
Atrapados en Iberia	270
La caja de los porqués	272
Capítulo 12. Imaginario	
Los neandertales en la cultura occidental	283
De Australia al mono feroz	283
Un neandertal no es un gorila	289
El comienzo de la redención	293
Humanidad conquistada	295
Los mundos perdidos	299
Una mirada cinematográfica	313
El noveno arte	318
La batidora del doctor Jekyll y el señor Hyde	322
Epílogo. Neandertales en el paraíso	327
Bibliografía	331



1

Descubrimiento

El valle de *Neander*, o ‘del hombre nuevo’

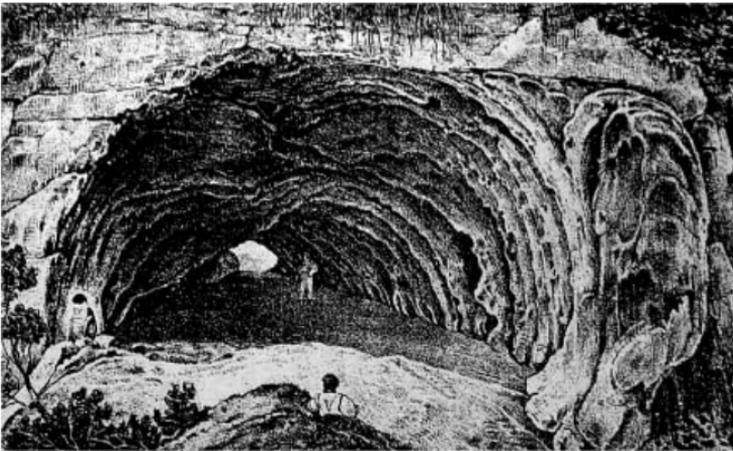
HONOR PARA JOACHIM NEUMANN

El año 1856 fue mayúsculo. Y no lo fue sólo para el poderoso Imperio británico, que por entonces libraba batallas en los más dispares rincones del planeta, ni porque el famoso explorador escocés David Livingstone se encontrara inmerso en su segunda y épica expedición africana, aquella en la que «descubrió» las cataratas Victoria, ni tampoco porque el monje austriaco Gregor Mendel iniciara, en su retiro de la Abadía de Santo Tomás de Brünn (en la actual República Checa), sus trascendentales estudios sobre genética. Lo fue, ante todo, porque en esa fecha se produjo un providencial descubrimiento, llamado a constituir el punto de partida de la paleoantropología y uno de los momentos más destacados de la entonces balbuceante ciencia prehistórica. Ese memorable acontecimiento se produjo en un apartado y desconocido valle, muy cerca de la ciudad de Düsseldorf, en Renania del Norte, entonces parte de Prusia (y ahora de Alemania).

Este paraje, donde el río Düssel circula encajado entre profundos farallones rocosos y frondosos bosques, fue bautizado a comienzos del siglo XIX con el nombre de un ilustre paisano que gustaba de visitarlo a menudo: el organista, compositor, poeta y maestro Joachim Neumann (1650-1680). Neumann, doscientos años antes de que recibiera semejante honor, había cambiado su común apellido germánico (que en castellano quiere decir curiosamente ‘hombre nuevo’) por su traducción literal al griego. A todas luces, *Neander* era una forma que, en opinión de las gentes del siglo XVII, resultaba mucho más sonora, refinada y original. En alemán, el valle del célebre compositor Neander se escribe Neander-tal (*tal* o *thal*, siguiendo la grafía antigua, significa ‘valle’ en la lengua de Goethe). A mediados del siglo XIX el bucólico valle de Neander se había convertido ya en una gran cantera destinada a la extracción de caliza. La imparable necesidad de roca para la actividad constructora local había llevado a la destrucción, no sólo de los afloramientos rocosos, sino de muchas de las abundantes cuevas que se habían formado en su interior.

Un día de agosto de 1856 los trabajadores de la cantera se encontraban desmantelando una de las pocas grutas intactas que aún quedaban en el valle, la pequeña cueva de Feldhofer, cuya entrada «suficientemente alta como para permitir que un hombre se mantuviera de pie» estaba colgada a unos veinte metros de altura, en un picacho rocoso que caía casi a plomo hacia el río, y sólo era accesible desde lo alto del roquedo. Mientras los hombres, tal y como era habitual antes de comenzar a picar la piedra, limpiaban el depósito de arcilla que rellenaba parte de la cavidad, un puñado de huesos (dieciséis en total) se hicieron visibles entre los fragmentos de tierra y

caliza: una bóveda (o calota) craneal, huesos de la pierna, del brazo, de la espalda, de la pelvis y varios fragmentos de costillas. ¿Los restos de un oso de las cavernas? Quizás, o puede que un hombre enterrado hace tiempo, discurrían aquellos rudos obreros. Era posible que esos huesos hubieran formado parte algún día de un esqueleto completo, destruido ahora por la acción del pico y la pala. En todo caso, fueron lo suficientemente afortunados como para ser reconocidos y recogidos por aquellos hombres que, ignorantes de la importancia del hallazgo y de la trascendencia del momento, tuvieron la feliz idea de avisar a Herr von Beckershoff, el propietario de la cantera, que se encontraba en el lugar y dio orden de que se recogieran.



La cueva de Feldhofer en 1835. La pequeña cueva «suficientemente alta como para permitir que un hombre se mantuviera de pie», tal y como describiría Fulhrott, tenía unas dimensiones de unos tres metros de ancho por cinco de largo y menos de tres de alto. La boca original era muy angosta, de menos de un metro de anchura.

NUEVAS EXCAVACIONES EN EL VALLE DE NEANDER (1997-2000)

En 1997, y gracias una detallada búsqueda entre archivos y viejos documentos, los arqueólogos alemanes Ralf Schmitz y Jürgen Thissen identificaron el lugar en el que se habían depositado los sedimentos procedentes del desmantelamiento de la cueva de Feldhofer en 1856. La excavación de aquellos depósitos ha permitido recuperar restos arqueológicos que habían pasado inadvertidos a los ojos de los obreros que trabajaron en la cueva: abundantes artefactos de piedra, fósiles de animales y más de sesenta huesos humanos pertenecientes, al menos, a tres individuos diferentes. Muchos de estos restos humanos muestran rasgos neandertales y se han podido utilizar muestras para llevar a cabo estudios genéticos. La confirmación de que estos fósiles proceden del mismo lugar que los descubiertos en el siglo XIX vino de la mano de un pequeño fragmento que encajaba perfectamente con un hueso de la rodilla de la colección antigua. Además, otros dos fragmentos más han acabado remontando con la calota craneal. La industria lítica puede adscribirse a dos etapas distintas: una relacionada con los neandertales y otra, posterior, producida por los primeros *Homo sapiens* que habitaron Europa. Esto hace suponer que la cueva estuvo habitada por las dos especies, aunque en momentos distintos. Los restos de fauna muestran marcas de corte propias del descarnado con filos cortantes y la datación por el método del carbono 14 de los fragmentos óseos ha arrojado una cronología en torno a los cuarenta mil años, que se corresponde con los últimos momentos de la existencia neandertal y los inicios de la incursión *sapiens* en nuestro continente.

¿UN HOMBRE FÓSIL?

Johann Carl Fuhlrott era por entonces profesor en la escuela de la cercana villa de Elberfeld y también fue el primer hombre de ciencias que, gracias a la amabilidad de Herr Beckershoff, tuvo la fortuna de examinar aquellos restos. Sin duda pertenecían a un humano, se decía insistentemente el maestro, pero había algo en ellos que resultaba sorprendente, algo que los hacía desconocidos y excepcionales: la calota mostraba unas protuberancias óseas por encima de la cavidad ocular excesivamente pronunciadas y, por si eso no fuera suficiente, tenía una extraña frente, demasiado corta, y los huesos de brazos y piernas eran más curvados y gruesos de lo normal, tanto que era comprensible que hubieran sido confundidos por los trabajadores con los de un oso cavernario. ¿A qué extraño desconocido pertenecían aquellos huesos? Azuzado por la intriga, Fuhlrott se dirigió apresuradamente al lugar del hallazgo para comprobar, con escasa fortuna, que los obreros ya habían vaciado la cavidad y no habían dado cuenta de un solo resto humano más. Sin embargo, una vez allí, pudo saber que aquellos huesos habían estado enterrados bajo, al menos, metro y medio de arcillas. Más aún, un detallado examen le permitió darse cuenta de que su superficie estaba cubierta por una delgada capa de carbonato cálcico, una curiosa mineralización que también presentaban los ya populares fósiles de osos de las cavernas ¿Qué quería decir todo aquello? ¿Quién era aquel misterioso individuo enterrado en la pequeña cueva del valle de Neander? ¿Se encontraba el desconcertado maestro ante los restos de un hombre prehistórico, contemporáneo de los huesos de los animales extinguidos que se conocían por toda Europa? «El hombre fósil no existe», sentenciaba con rotundidad la ciencia oficial del momento. Sin

embargo, hacia 1856 esta afirmación comenzaba a desquebrajarse, al tiempo que el espinoso debate sobre la antigüedad del ser humano tomaba cada vez mayor impulso. Por todo el continente surgían evidencias que parecían confirmar que los humanos habían habitado nuestro planeta en un remoto pasado y Fuhlrott estaba decidido a que un experto diera su veredicto sobre aquel asunto.

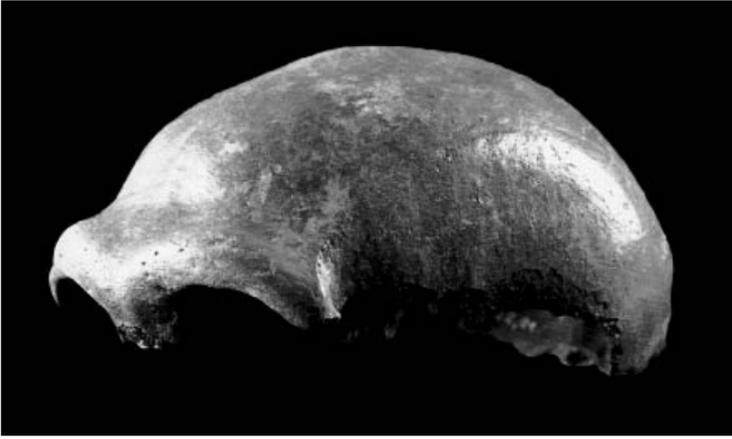
Nadie mejor para ello, pensó Fuhlrott, que Hermann Schaaffhausen, prestigioso profesor de anatomía en la Universidad de Bonn. Y la elección parecía propicia. Tres años antes, en 1853, Schaaffhausen había publicado una obra titulada *Sobre la constancia y transformación de las especies*, en la que se había opuesto a las ideas de los creacionistas al sostener que «la inmutabilidad de las especies no está comprobada». Además, Schaaffhausen defendía en aquel trabajo un elemental razonamiento evolucionista cuando afirmaba que «las plantas vivas no están separadas de las extintas por nuevas creaciones, sino que deben ser vistas como sus descendientes, a través de la reproducción continua». El profesor Schaaffhausen estudió con detalle aquellos restos venidos del valle de Neander y, al año siguiente, dictó sentencia en una reunión científica de la Sociedad de Medicina e Historia Natural del Bajo Rin, celebrada en Bonn, el 4 de febrero de 1857. El meticuloso estudio del experimentado anatomista confirmó los extraños rasgos ya advertidos por Fuhlrott: el prominente arco óseo por encima de los ojos, la frente huidiza, la espectacular robustez de los huesos y su extraña morfología. Se trataba, sin duda alguna, de un hombre. Además, aseguraba el profesor, esas insólitas características no podían deberse a enfermedad degenerativa alguna. Schaaffhausen no conocía la existencia de ninguna publicación en la que se

citaran semejantes rasgos anatómicos en un humano. Esta desconcertante ausencia de registros, junto a la evidente antigüedad de los restos, le hizo concluir que el individuo hallado en la cueva de Feldhofer debía pertenecer a una «raza bárbara y salvaje, derivada de una de las salvajes razas del noroeste de Europa a las que se referían los cronistas latinos y situada en un período en el que los últimos animales del Diluvio aún existían».



Johann Carl Fuhlrott (1803-1877). Este maestro de Ciencias Naturales en la cercana villa de Elberfeld cuando los hallazgos del valle de Neander tuvieron lugar fue la primera persona en estudiar aquellos restos.

Teniendo en cuenta las avanzadas ideas de Schaffhausen sobre la evolución, estas conclusiones pueden parecer decepcionantes. Quizás el profesor de Bonn había dicho ya demasiado para una sociedad que, todavía en su mayor parte, confiaba en las ideas bíblicas sobre la creación del mundo y no se planteaba un pasado prehistórico para la humanidad ¿Decepcionaron aquellas palabras al propio Fuhlrott? Es posible. En 1859 el maestro de Elberfeld, modesto y premonitorio, escribía: «Este descubrimiento abre nuevas vías en campos tan distintos, y de tanta importancia, que me contentaré con no exponer mis propias convicciones y con dejar que los tiempos venideros ofrezcan su juicio definitivo sobre la existencia de los hombres fósiles».



El cráneo de la discordia. La bóveda o calota craneal descubierta en la cueva del Feldhofer presentaba unos extraños rasgos, desconocidos en la humanidad viviente.

DILUVIOS Y PETRIFICACIONES

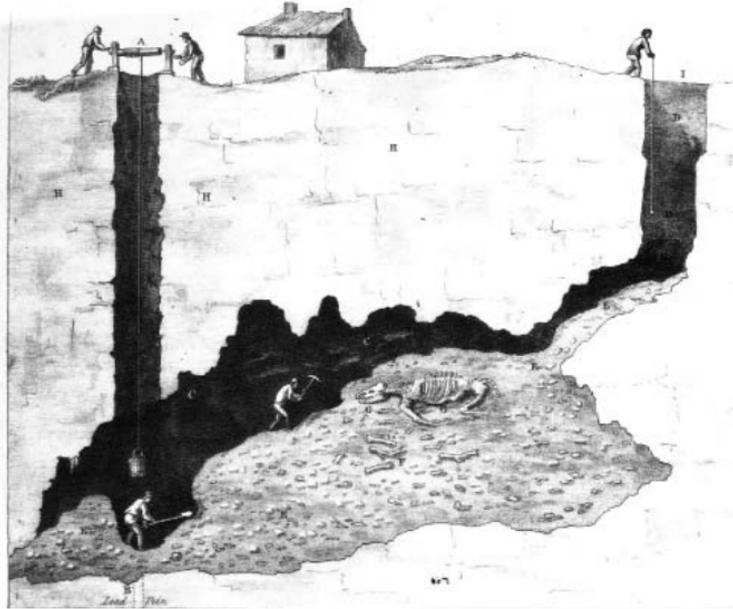
¿Con qué ambiente intelectual se topó el casual hallazgo de Neandertal? ¿Qué se estaba pensando entonces sobre el lugar que ocupa la humanidad en la naturaleza y sobre su antigüedad? A comienzos del siglo XIX, la mayor parte de eruditos estaba de acuerdo en que la vida había surgido en nuestro planeta de forma espontánea, por gracia divina. Desde ese punto de partida común, la única teoría de corte evolucionista existente era la defendida por el biólogo francés Jean-Baptiste Lamarck. Su modelo científico, conocido como «transformismo», defendía que las particulares exigencias del medio ambiente eran responsables de la transformación de las especies en formas cada vez más evolucionadas. Lamarck aplicó también esta idea al caso de los humanos y llegó a

conclusiones que, teniendo en cuenta que se formularon antes de la gran revolución científica de Darwin, resultan sorprendentemente modernas. Lamarck sostenía que los humanos se habían separado de los primates a través de una secuencia de cambios anatómicos e intelectuales y llegó incluso a sugerir que un primate de características similares al chimpancé podría haberse transformado, progresivamente y a través de un largo período de tiempo, en un humano moderno si, por ejemplo, este se hubiera visto forzado a vivir a ras del suelo y no en los árboles. Las ideas de Lamarck fueron friamente acogidas por sus contemporáneos. Entre ellos, solo Erasmus Darwin, el abuelo extravagante de Charles, defendía en Gran Bretaña una visión del transformismo muy similar a la que Lamarck abanderaba en Francia.

John Frere, un respetable anticuario del condado de Suffolk, en el este de Inglaterra, halló, a las puertas del siglo XIX, unos curiosos artefactos tallados en piedra junto a «huesos extraordinarios» de animales desconocidos. El descubrimiento de huesos fósiles, referidos popularmente con el nombre de *petrificaciones*, venía produciéndose desde hacía ya tiempo. El 28 de septiembre de 1778, la *Gazeta de Madrid* se hacía eco del descubrimiento de elefantes junto al Puente de Toledo de la Villa y Corte, en el valle del río Manzanares. En enero del año siguiente, el mismo diario anunciaba: «son muchas las petrificaciones que continúan encontrándose... dos colmillos enteros... también se han hallado pedazos que... indican ser de seis elefantes diferentes... Asimismo se han encontrado dientes de otro animal no conocido». El razonamiento de las gentes de finales del siglo XVIII había querido ver en los hallazgos fósiles exhumados en la capital de España los elefantes abatidos por los pueblos indígenas en sus escaramuzas contra Aníbal

(el general cartaginés que, ayudado por un ejército de elefantes, cruzó Hispania en pos de la conquista de la península itálica). Sin embargo, en 1800, Frere, al presentar sus hallazgos en la Sociedad de Anticuarios de Londres, defendía con ahínco que aquellos restos pertenecían a «un remoto período; más allá incluso del mundo actual». Estas palabras apenas calaron en la sociedad del momento y parecieron ahogarse con la casi inmediata muerte del viejo anticuario.

Por aquella época la mayor parte de sabios versados en la incipiente ciencia geológica aún pensaban que los restos de animales fósiles que se hallaban en antiguos depósitos estaban relacionados con el Diluvio bíblico. Sin embargo, el eminente naturalista francés Georges Cuvier había propuesto su novedosa teoría de las catástrofes, según la cual, la Tierra se había visto sacudida por una interminable secuencia de catástrofes naturales sucesivas que había provocado la consiguiente extinción masiva de animales y plantas. Los restos fósiles eran, pues, la evidencia de semejante hecatombe. En 1823, el geólogo británico William Buckland, en un complejo malabar que aunaba la teoría de las catástrofes y las ideas bíblicas, publicó su obra *Reliquiae Diluvianae* (Reliquias diluvianas, u observaciones sobre los restos orgánicos contenidos en cuevas, fisuras y graveras diluviales), un compendio de los restos de animales fósiles que rellenaban muchas cuevas de la vieja Europa. Buckland era de la opinión de que todas aquellas especies habían existido en el continente antes de una gran inundación universal (eran antediluvianas, por tanto) que, probablemente y según sus estimaciones, había tenido lugar hacía unos cinco o seis mil años. Tanto Buckland como Cuvier sostenían sin el menor titubeo que los humanos habían ocupado Europa en un período posterior a dicho acontecimiento.



Reliquias antediluvianas. Esta ilustración de la obra de William Buckland (1823) evidencia que las petrificaciones de grandes animales extintos eran comunes en muchas cuevas y lugares de la Europa del siglo XIX.

Pero, si así era, ¿por qué entonces comenzaban a producirse hallazgos de esas faunas antediluvianas asociadas a lo que parecían artefactos de piedra de indudable factura humana? ¿Sería posible que congéneres nuestros hubieran vivido en aquel remoto pasado previo a la gran inundación bíblica? En 1834 el geólogo y prehistoriador francés Édouard Lartet había descubierto en el yacimiento de Sansan, en el sur de Francia, una mandíbula completa de un gran simio antropoide al que denominó *Pliopithecus antiquus*. Con tan providencial hallazgo Lartet puso sobre el tapete una inquietante pregunta. Si, tal y como demostraban con certeza

aquellos descubrimientos, existían simios antediluvianos, ¿por qué no podría haber humanos igualmente fósiles? En 1847, el francés Jacques Boucher de Perthes publicó su magna obra en tres volúmenes titulada *Antigüedades célticas y antediluvianas*, en la que describía con gran detalle cientos de artefactos de sílex hallados junto a restos de animales fósiles en las terrazas del río Somme (al norte de París). La obra de Boucher se considera hoy en día el punto de partida formal de la Prehistoria como disciplina científica y supuso la primera evidencia de que los humanos (a través de los utensilios líticos) habían vivido en la misma época que aquellos mamuts, elefantes, rinocerontes o bisontes fósiles que se desenterraban ya por doquier. Sin embargo, en aquel momento su trabajo fue injustamente ignorado por las instituciones académicas francesas. Algunos sugirieron que la mano del influyente Cuvier, acérrimo detractor de una hipotética humanidad prehistórica, estaba detrás del amargo silencio que la Academia de las Ciencias dispensó inicialmente a la obra de Boucher. Ese mismo año, curiosamente, el naturalista Mariano de la Paz Graells y, después, el geólogo Casiano de Prado, ambos ilustres científicos de la España decimonónica, comenzaron a investigar los restos de elefantes y utensilios de piedra que se hallaban en abundancia en las graveras de El Tejar de las Ánimas, cerca de la Ermita de San Isidro (Madrid). Con el andar de los años este yacimiento arqueológico se convertiría en el decano del Paleolítico español.

Afortunadamente, el inicio del siglo XIX fue testigo de importantes avances en el campo de la geología. A las ideas diluvianas de Buckland para explicar los depósitos en los que se hallaban aquellas petrificaciones se plantearon otras alternativas. En 1829 el científico francés Paul Desnoyers propuso denominar a ese momento geológico con el nombre

de Cuaternario (la última gran era geológica, cuyo nombre se conserva en la actualidad), mientras que la publicación de la fundamental obra *Principios de geología* entre 1830 y 1833 por parte de insigne geólogo británico Charles Lyell dio el espaldarazo definitivo a la constatación de que la formación de nuestro planeta se había producido a través de un larguísimo período de tiempo. Poco a poco, los científicos iban aportando nuevas piezas a un puzle que permitió comprender que el Cuaternario, con todos sus restos de animales extintos, artefactos de piedra y fósiles humanos, se había formado gracias, no a un Diluvio universal, sino a una gran Edad de Hielo universal.

A pesar de todos estos prometedores avances, el contexto social de la Europa de 1856 era muy poco permeable a la aceptación del estatus fósil del individuo descubierto en el valle de Neander. El viejo paradigma creacionista estaba férreamente impreso en la mayoría de las mentes de aquella época y, en este contexto, es fácil comprender la falta de audacia que destilan las conclusiones de Schaaffhausen en 1857. Un ejemplo esclarecedor de ese ambiente intelectual lo encontramos en una noticia publicada por el *Semanario Pintoresco Español*, una revista ilustrada de corte costumbrista y aparición dominical que, con una suscripción de tres reales, se publicó en Madrid entre 1836 y 1857. Una noticia del 19 de enero de 1840 abre con una insólita recreación a toda página de lo que se anuncia como «El hombre fósil». La ilustración se ve acompañada por un artículo que, en tono de irónica retranca, recrea una tertulia en la que participa un sabio francés docto en paleontología («que por si a nuestros lectores se les indigesta la palabrilla, es el nombre que se ha dado al estudio de los animales que vivían antes del Diluvio y cuyos osamentos y reliquias fósiles se encuentran en las diversas capas de tierra que forman



El hombre fósil en 1840. Para la sociedad de la primera mitad del siglo XIX, la posible existencia de humanos fósiles parecía algo poco creíble, como se muestra en esta mordaz ilustración publicada en el *Semanario Pintoresco Español*.

la corteza de nuestro globo») dispuesto a aleccionar a un auditorio lego en la materia. El paleontólogo ficticio hace un fiel repaso de todos los conocimientos paleontológicos de la Europa de 1840, incluidos los de Lartet (lo que da fe de la rapidez con que las noticias e ideas volaban por entonces) para acabar presentando al hombre fósil: «¿Y es éste el hombre fósil? / Sí, por cierto. / Pues señor, lo habéis hecho tan parecido a un mono que no hay más que pedir. / ¿Y qué queríais que yo le hiciera? Así era él». La conversación sigue, en tono de mofa, con el paleontólogo presentando convencido los rasgos físicos del individuo, su relación con los grandes animales extintos, su uso de armamento de piedra y, finalmente, reconociendo ruborizado que nadie en la Academia de las Ciencias de Francia acepta tan disparatada idea.

DE DARWIN AL *HOMO NEANDERTHALENSIS*

Y así era. La prestigiosa Academia de las Ciencias francesa ignoró expresamente los restos del valle de Neander. Algo similar ocurría en el Reino Unido, donde solamente dos revistas semicientíficas mencionaron brevemente el hallazgo. Sin embargo, una de ellas, *The Westminster Review*, describía el fósil como «las ruinas de un arco solitario en un enorme puente que el tiempo ha destruido y que puede haber unido al más elevado de entre los animales con el más inferior de entre los hombres». Una romántica prosa que, de forma velada, incluía una clara alusión evolucionista.

Por su parte, el profesor de anatomía August Franz Mayer, colega de Schaaffhausen en Bonn, no tardó en enviarle una carta en la que se despachaba a gusto criticando las insensateces en las que, a

su juicio, este había incurrido en su presentación de los hallazgos de Neandertal. Desde luego, la idea de que esos huesos pudieran ser anteriores al Diluvio le parecía totalmente ridícula. Mayer argüía que estaba en posesión de un cráneo de perro que databa de cuando los romanos ocuparon el norte de Europa y que, siendo el citado cráneo supuestamente mucho más reciente que los huesos del valle de Neander, este también se pegaba a la lengua (aludiendo a una conocida y elemental prueba para reconocer el carácter fósil de un hueso: dada su estructura porosa, nuestra lengua tiende a pegarse a él cuando lo chupamos) y no difería en color ni textura a las petrificaciones animales que se estaban descubriendo en Francia, a las que, según Mayer, también se las atribuía una antigüedad errónea. «Su entusiasmo, querido colega, le ha cegado. Si usted hubiera razonado de forma más pausada, se daría cuenta de su error». Mayer contaba con una interpretación alternativa que, rápidamente, se prestó a compartir con Schaaffhausen. Esas cejas tan abultadas eran síntoma de un avanzado raquitismo. El pobre diablo al que se refería Schaaffhausen no era sino un cosaco mongol que, tras desertar de un regimiento que perseguía a los ejércitos napoleónicos en retirada de Prusia en el año 1814, había dado con sus huesos en ese valle. El intenso dolor provocado por la enfermedad había deformado la frente de aquel jinete. Sólo un jinete profesional podía tener unas piernas tan encorvadas, desvelaba incisivo. El cosaco, supuso el intuitivo Mayer, se había arrastrado hasta la cueva de Feldhofer y allí había muerto en una espantosa agonía. Cómo el quejoso enfermo había sido capaz de trepar los veinte metros de pared rocosa hasta acceder a la cueva fue algo que Mayer no mostró interés alguno en explicar.